

Dos libros importantes sobre la crisis de la Restauración*

PEDRO MARÍA EGEA BRUNO**

Es cuestión antigua valorar o no la incidencia de determinados individuos —tal vez hombres extraordinarios— en la evolución histórica de una sociedad. También ha sido habitual el fácil manejo de una cronología en función del mandato de los jefes de Estado. Lo malo es que a veces hay que señalar que un país se acuesta monárquico para levantarse republicano. Con todo, no cabe duda de que Alfonso XIII es uno de los grandes personajes de la historia española del siglo XX, hasta el punto de resultar inviable reconstruir su primer tercio prescindiendo de su figura.

Pocas veces, empero, se ha intentado profundizar en su biografía, o cuando se ha hecho se han emitido juicios sobre su actuación llenos de vaguedades o valiéndose de unas fuentes de escasa calidad, como es el caso del publicismo de los años treinta.

Este panorama cambia radicalmente con la reciente publicación de dos sólidos trabajos. El primero corresponde a un conocido especialista en la época: Carlos Seco Serrano, *Alfonso XIII*, Madrid, Arlanza, 2001. Un ensayo documentado, como él mismo lo califica, donde se presta atención a la concreta figura del Rey, tanto en sus aspectos más íntimos como en su dimensión de estadista. Prolonga además sus vivencias más allá de su mandato personal, abarcando los diez años del exilio.

* Fecha de recepción: 14 abril 2002.

** Profesor Titular de Historia Contemporánea. Universidad de Murcia.

El profesor Seco se acerca al reinado de Alfonso XIII valorando el sorprendente renacimiento en todos los órdenes —no sólo en el evidente de la cultura: segunda edad de oro de nuestras letras y artes, sino también en el de los planteamientos socioeconómicos—. España pasa de la postración del fin de siglo —la postración de un país vencido y humillado— a alcanzar niveles que si no significan aún el desarrollo pleno, están aproximándose aceleradamente a él.

Ese balance positivo tiene, empero, algunas contrapartidas. Así, la intervención personal del Rey en el juego político, que ahora es vista como un afán por intuir lo que el pueblo requería en cada coyuntura crítica, superando las ficciones del sistema parlamentario. Desde esta tesis revisionista, el monarca aparece calificado como un regeneracionista más. Pero situándole en equidistancia entre los dos regeneracionismos: el de la regeneración desde dentro del sistema canovista, y el de la regeneración al margen o en pugna con ese sistema. Para el profesor Seco, fue el reformismo melquiadista, frustrado en su comportamiento táctico y en su paso por el poder, lo que, al menos en un momento determinado, estuvo más próximo a esa posición «equidistante» porque, partiendo del sistema, propugnaba una ruptura constitucional que lo redimiese de sus defectos o de sus lacras. Y fracasada esa ruta, sólo quedarían abiertas dos: la de la Dictadura y la de la República.

En ese descalabro final la mayor responsabilidad recae sobre los políticos de la época. En particular sobre el maurismo y las malas inspiraciones de La Cierva. Ciertamente que la ruptura del Pacto de El Pardo fue obra de la vinculación de Moret al Bloque; pero la réplica de Maura —la «implacable hostilidad» contra los liberales—, fue más grave aún, porque cuando llegó la oportunidad y la posibilidad de cerrar la herida y reconstruir el Pacto —tal sería el noble esfuerzo de Canalejas—, Maura opuso una negativa que, a la larga, acabaría provocando la quiebra del propio Partido Conservador.

En esa pendiente, el año 1917 es una fecha crucial. Quiebran entonces los fundamentos mismos del sistema, los supuestos en que éste descansa. El transaccionismo que había sido médula y pauta de la Restauración, según la concepción de Cánovas, se vino abajo. La pacificación social y política que fuera su mejor fruto quedó liquidada: el turno —amenazado desde 1909, en crisis a partir de 1913— hubo de buscar ahora una alternativa, aun dentro de la Restauración, a través de los «Gobiernos de concentración» o «Gobiernos nacionales».

El Ejército aspiró ya, cada vez más osadamente, a asumir el control de la política. De hecho, la Corona y el Ejército —las dos instituciones «reencontradas» en 1874, antes de que Cánovas iniciase la construcción de su gran edificio estatal— serían los dos únicos bastiones emergentes después del hundimiento de aquél. En consecuencia, la crisis siguiente —1921— supondría un ataque concentrado contra ambos, y traería la dictadura militar, apoyada —pero no urdida— por el Rey.

Tal salida se razona, señalando que la otra cara de ese orden era la paz civil. Alfonso XIII había intentado un equilibrio entre reacción y revolución, esforzándose por mantener el orden social de la Restauración: y cuando aquel orden había entrado en crisis,

respaldó el frenazo a la descomposición interna, frenazo que la Dictadura impuso a su advenimiento.

Se estudia detenidamente su comportamiento a lo largo de las dos jornadas decisivas en su vida política —13 y 14 de abril de 1931— y su decisión última: dar paso libre a la República. En torno a esta determinación —apartarse del país para evitar derramamiento de sangre— se ha discutido y se sigue discutiendo. Para el profesor Seco la realidad que reflejaban las elecciones municipales era inequívoca, y en su interpretación Alfonso XIII se limitó a hacer una vez más lo que siempre había hecho: esforzarse en captar la realidad del país. Atenerse a los resultados del escrutinio en los centros urbanos era, nada más y nada menos, que aceptar democráticamente la única opción que podía tenerse por auténtica y sincera.

Llegó después la Guerra Civil y su apoyo a los llamados «nacionales», justificándose en la muerte de Calvo Sotelo y el sacrificio de los jóvenes que, enrolados en Renovación Española, estaban luchando y cayendo en Somosierra. Tal determinación se conjugó con su última aspiración: la de jugar un papel conciliador y reinar sobre todos los españoles.

En definitiva, desde el punto de vista adoptado en esta monografía, es ineludible imaginar cómo se habría configurado nuestra historia próxima si en lugar de la ruptura traumática de los años treinta hubiera seguido avanzando por el camino lento, pero seguro, de la aproximación civilizada entre las dos Españas —oficial y vital—. Baste aquí recordar que los niveles económicos registrados en 1930, último año del reinado, sólo serían recuperados a mediados de los años cincuenta; y que la paz de los espíritus, la renuncia —relativa— al cainismo en que se liquidó funestamente, sólo se lograría cuando se había rebasado el medio siglo de la funesta guerra entre hermanos.

La obra de Javier Tusell y Genoveva Queipo de Llano, *Alfonso XIII, el rey polémico*, Madrid, Taurus, 2001, revisa al personaje desde dos presupuestos dignos de reseñar. Es ante todo una biografía que inserta lo individual en lo colectivo, preguntándose por las cuestiones decisivas de la época. Sobre ello, se emplean fuentes documentales apenas utilizadas hasta ahora. Tales son los fondos del Archivo del Palacio Real, los depósitos diplomáticos de los países con los que España mantiene relaciones y los papeles de los políticos españoles de la época. Finalmente, cabe anotar la Prensa y los anuarios políticos.

De este modo, el perfil del monarca ha podido ser aquilatado con mayor precisión. Lejos de una hagiografía se remarcan las zonas oscuras de su carácter. Empezando por la indiscreción, que en ciertos momentos parece incluso patológica. A ello hay que sumar la frivolidad, que le lleva a ocuparse de cuestiones secundarias y, en cambio, a ser inconstante, superficial y entrometido en otras de mayor envergadura. Por lo demás, el mundo de la cultura no le interesaba en absoluto, insistiendo en que su falta de conocimientos se hizo palpable en más de una ocasión. El rasgo negativo de mayor relevancia fue la carencia de una idea global sobre hacia dónde debía contribuir a llevar a su país, cuando el gran debate era el tránsito del liberalismo a la democracia, aunque Alfonso XIII no era, en principio, opuesto a esta transición crucial.

Para los autores, de ninguna manera puede ser descrito como una persona que tendiera al poder absoluto o que fuera un clerical compulsivo. También se le caracteriza por ser un patriota guiado por el sincero desarrollo del país. Fue, además, un monarca moderno que creó un nuevo estilo. Pero, lo esencial y lo polémico es que aparece definido como un rey liberal. Se precisa, empero, que liberal no quiere decir demócrata. Suponía tener como modelo esencial a Gran Bretaña o Italia y no a Austria, Alemania o Rusia. En este sentido sale bien parado de la comparación con otros reyes europeos de la época. Es este uno de los aspectos más atrayentes del libro, la relativización del caso español.

Si la vida privada y su carácter son elementos esenciales en esta extensa monografía, la tesis de su actuación política se hilvana en el difícil deslinde entre su intervención personal y su posición central en el sistema de la Restauración. Todo ello se refleja en el papel desempeñado en las crisis gubernamentales y en las políticas militar y exterior. Una vinculación excesiva entre el Ejército y la Corona que, a medio plazo, resultará suicida.

En relación con Marruecos se descarta que Alfonso XIII partiera de una pasión enfervorizada por el imperialismo colonial. Era la forma de que España estuviera presente en el mundo cumpliendo con sus obligaciones internacionales. Con todo, si se hubiera prestado mayor atención a la opinión de las clases populares sería muy discutible la justificación de esa presencia. En este, como en otros puntos, la dedicación de Alfonso XIII rebasó toda prudencia y, por eso, cuando sobrevino el desastre le culparon a él.

Con respecto a la política exterior no faltaron dudas. Se niega que fuese un germanófilo y se señala que su visión tenía como principales centros de referencia Gran Bretaña y Francia. Si se opta por la neutralidad en 1914 también hubo tentaciones de participar en el conflicto a cambio de compensaciones territoriales. Más criticable resulta su zigzagueante posicionamiento con respecto a Portugal: desde un paternalismo protector con respecto a una Monarquía amenazada a un intervencionismo solapado a favor de los monárquicos en contra de la República, y desde el deseo de ser apoyado por las potencias en caso de ser necesario el restablecimiento del orden a ciertas esperanzas en que un día se acudiera a él incluso como monarca. Todo ello, que suponía sin duda una política personal, al final no se concretó en nada.

Volviendo a la política interior, el hilo conductor del libro descansa en que si España no tuvo democracia no fue por Alfonso XIII, o no fue por él solo. Las culpas deben ser compartidas por los políticos —también los de oposición— y por la dificultad concreta que en la evolución histórica ha entrañado el tránsito del liberalismo a la democracia. El fracaso no fue de una persona sino de la sociedad española.

Para los profesores de la sede central de la UNED, la Monarquía de Alfonso XIII resultó funcional durante los tres lustros iniciales del siglo. Es decir, proporcionó, dadas las condiciones sociales y culturales del momento, una cantidad razonable de libertad y, resolvió, de una manera u otra, los conflictos existentes, por ejemplo entre poder militar y civil. Desde 1917 empezó a dejar de serlo. Se mantuvo entonces ante enemigos demasiado incoherentes como para unirse en un frente contra ella; incluso remató como adversarios a los republicanos y hasta cierto punto integró a los reformistas y catalanistas.

Pero el nivel de conflictividad acabó siendo excesivo para ella. Aunque la ineficacia de la institución parlamentaria y la inestabilidad del ejecutivo contribuyeron a la crisis de legitimidad, esa falta de funcionalidad resultó también muy importante. La Monarquía había dejado de ser funcional e incluso coherente con el estado social y cultural del país.

Después de la publicación de estas monografías será difícil que aparezcan nuevos datos empíricos. Seguirá abierto, como no puede ser de otra manera, el camino de la interpretación.